VII.

La luna se ocultó detrás del árbol. El amor de yeso soltó una carcajada.

LAS FRESAS

I

Una mañana de Junio, al abrir la ventana, recibí en el rostro un soplo de aire fresco. Había estallado aquella noche una violenta tempestad. El cielo parecía como nuevo, de un azul claro, lavado por el chaparrón hasta sus más pequeños espacios. Los techos, los árboles, cuyas altas ramas descubría entre las chimeneas, todavía estaban mojados, y este pedazo de horizonte se reía bajo el sol rojizo. Subia de los jardines vecinos un olor agradable á tierra húmeda.

-Arriba, Ninette (grité alegremente); ponte el som brero, hija mía ... Vamos al campo.

Ella palmoteó, y en menos de diez minutos ya estaba lista, cosa muy meritoria, tratándose de una coqueta de veinte años.

A las nueve estábamos en los bosques de Verriéres. П

¡Qué bosques tan discretos y cuántos amantes han paseado en ellos sus amores! En los días de trabajo, los setos están desiertos; se puede ir el uno al lado del otro, abrazados por la cintura, buscándose los labios, sin temor de ser vistos más que por los pajarillos que saltan en las zarzas. Las alamedas se prolongan, anchas y altas, á través del bosque; el suelo está cubierto de un tapiz de finísima hierba, sobre el cual, el sol, penetrando por entre las hojas, derrama lentejuelas de oro. Y hay caminos hondos, senderos estrechos muy sombríos, donde es menester apre tarse uno contra otro para pasar. Y hay escondrijos donde es facil perderse si los besos cantan demasiado alto.

Ninon dejaba mi brazo, corría como un galgo, feliz al sentir que la hierba rozaba sus tobillos. Después volvía, y se colgaba de mí, cansada, acariciadora.

El bosque no concluía nunca; mar sin fin de olas de verdura. El silencio miedoso, la sombra viviente que caía de los altos árboles, nos embriagaban con toda la savia ardiente de la primavera. Se vuelve á ser niño en los misterios de los setos.

-¡Oh, fresas, fresas!-gritó de pronto Ninon, sal-

tando un foso, como cabra escapada, y registrando la maleza.

III.

Fresas, ¡ay!, no, sino fresales, toda una sábana de fresales que se extendía bajo las espinas.

Ninon no se acordaba ya de los reptiles, que tanto miedo le causaban. Metía atrevidamente las manos por entre las matas, levantando una hoja tras otra, desesperada al no encontrar el fruto codiciado.

-Se nos anticiparon (dijo, haciendo una mueca de despecho). ¡Oh! Busquemos bien; alguna quedará.

Y nos pusimos á buscar concienzudamente. Con el cuerpo encorvado, el cuello extendido, los ojos fijos en la tierra, avanzábamos poco á poco, sin atrevernos á hablar una sola palabra por miedo de que las fresas se nos escaparan. Habíamos olvidado el bosque, el silencio, la sombra. las anchas alamedas y los senderos estrechos. Fresas nada más que fresas. Cuando veíamos una mata, nos bajábamos, y nuestras manos temblorosas se tocaban bajo la hierba.

Anduvimos así más de una legua, siempre encorvados, torciendo á la derecha, torciendo á la izquierda; pero nada, ni una fresa. Fresales soberbios, con hermosas hojas de un verde obscuro, pero sin fresas.

Ninon se mordía los labios, y sus ojos se humedecían.

IV.

Habíamos llegado frente á un ancho talud, sobre el cual caía el sol á plomo, como lluvia de fuego. Ninon se aproximó á él, resuelta á no seguir adelan te. De repente lanzó un agudo grito.

Corrí asustado, creyendo que se había herido; yacía por tierra: la emoción la había derribado, y me señalaba con el dedo una pequeñísima fresa, del tamaño de un guisante, madura por un lado solamente.

—Cógela,—me dijo, con voz baja y cariñosa. Me había sentado á su lado al pie del talud.

-No (le contesté); tú la has encontrado, tú debes cogerla.

-No; dame ese gusto,-replicó ella.

Tanto y tan bien me defendí, que Ninon se decidió á cortar el tallo con su uña Pero la cuestión fué cuando se trató de saber cuál de los dos se comería aquella pobre fresa, que nos había costado una hora de largas pesquisas. Ninon forcejeaba para ponérmela en la boca: yo resistía firmemente: al cabo hubo mutuas concesiones, y se convino en que partiríamos la fresa.

Ninon la colocó entre sus labios, diciéndome:

-Toma tu parte.

La tomé. Ignoro si partimos la fresa fraternalmente: ni aun llegué à saborearla; tan dulce me pareció la miel del beso de Ninon.

V.

El talud estaba cubierto de fresales, pero fresales de verdad. La recolección fué alegre y abundante. Habíamos extendido un pañuelo en el suelo, jurando solemnemente depositar en él nuestro botín, sin sustraer nada. En varias ocasiones, sin embargo, me pareció que Nínon se llevaba la mano á la boca.

Terminada la faena, pensamos que era tiempo de buscar una sombra donde desayunarnos con tranquilidad. Á algunos pasos encontramos un sitio encantador, un verdadero nido de hojas El pañuelo fué colocado religiosamente entre ambos.

¡Gran Dios! ¡Qué bien se estaba alli, en el musgo, en la voluptuosidad de aquella verde frescura! Ninon me miraba con ojos húmedos. Como leyese en mis ojos toda mi ternura se inclinó, tendiéndome las manos con un gesto de adorable abandono.

El sol, centelleando sobre el follaje, arrojaba á nuestros pies lentejuelas de oro sobre la fina hierba. Hasta las urracas se callaban y no miraban. Cuando buscamos la fresa para comerla, vimos con estupor que estábamos sentados sobre el pañuelo.

EL GRAN MICHU

I.

Una siesta, á la hora del recreo, el gran Michû me llamó aparte, a un ángulo del patio. Su aire grave me produjo cierta inquietud, porque el gran Michû era todo un valiente, dotado de enormes puños, á quien por nada del mundo hubiese querido tener por enemigo.

-Oye (me dijo, con su voz gruesa de campesino á medio cepillar); oye: ¿quieres ser de los nuestros?

Respondí en redondo que sí: me lisonjeaba tener alguna cosa de común con el gran Michú. Explicóme entonces que se trataba de un complot.

Deliciosa sensación, que no he vuelto nunca á experimentar, me produjeron sus confidencias.

Al fin entraba en las alegres aventuras de la vida iba á tener un secreto que guardar, una batalla que reñir. Y, ciertamente, el secreto terror que sentía al comprometerme, entraba por buena parte en la alegría picante con que aceptaba mi nueva misión de cómplice.

Mientras el gran Michú hablaba, permanecía yo como en admiración delante de él. Me inició en el se